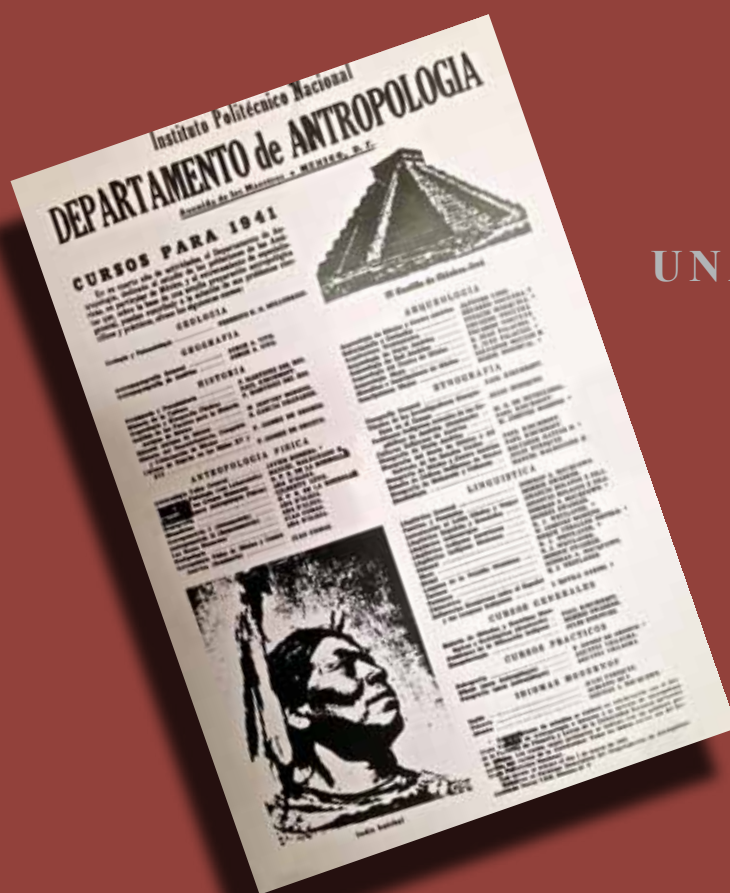


Carlos García Mora

# LA ANTROPOLOGÍA INTEGRAL EN LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA



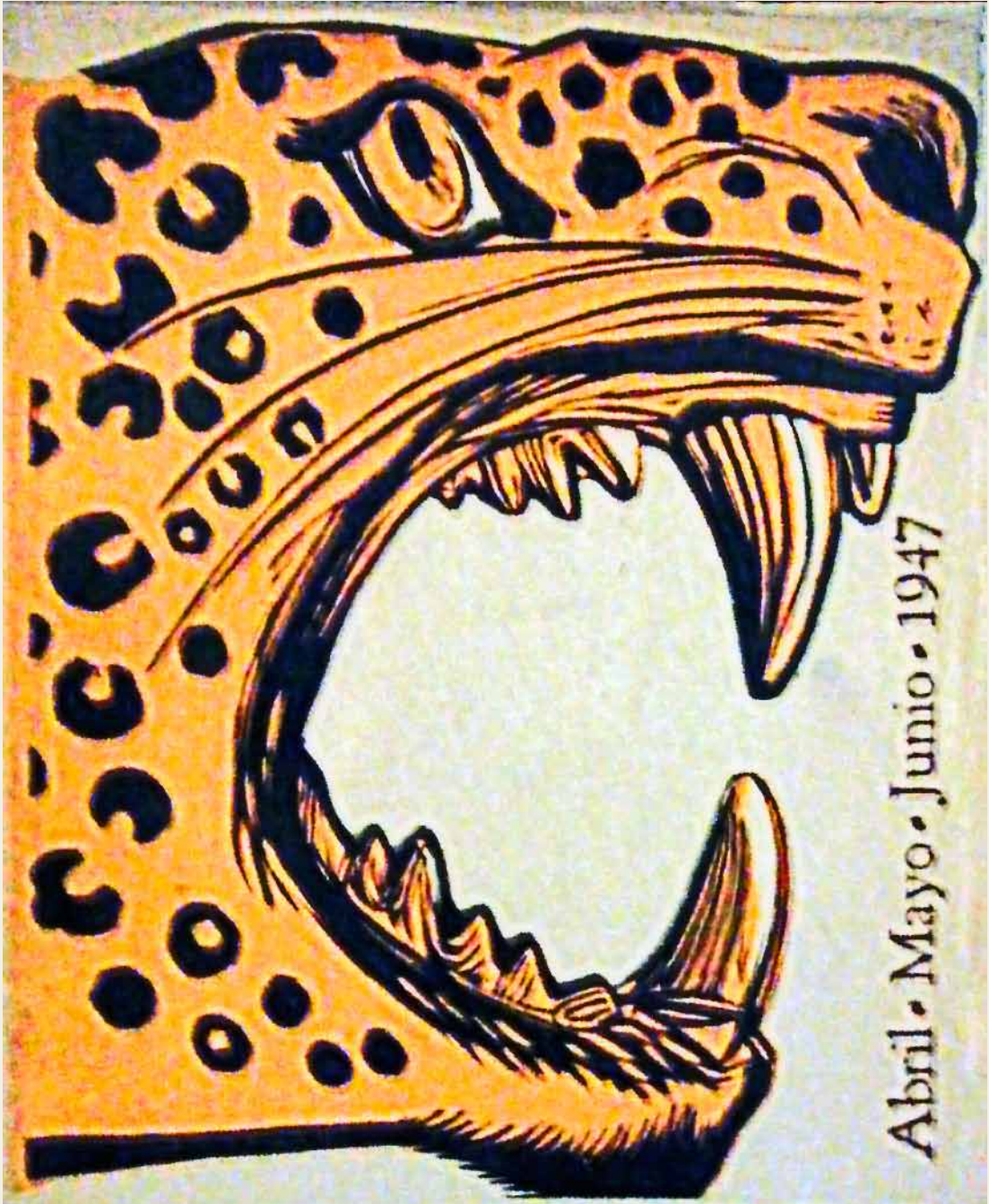
UNA ALTERNATIVA  
DESECHADA





LA ANTROPOLOGÍA INTEGRAL EN  
LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA





Abril • Mayo • Junio • 1947

# ANTHROPOPOS

LA ANTROPOLOGÍA INTEGRAL EN  
LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
(MÉXICO)

UNA ALTERNATIVA DESECHADA

*Carlos García Mora*

Instituto Nacional de Antropología e Historia  
Dirección de Etnohistoria



TSIMARHU  
Estudio de etnólogos

García Mora, Carlos:

*La antropología integral en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México). Una alternativa desechada*, ed. electrónica, México, Tsimarhu Estudio de Etnólogos, 2013, fascículo en formato pdf de 20 pp. con fts.

Portada:

Anunció de los cursos que se impartirían el año de 1941 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, entonces adscrita al Instituto Politécnico Nacional.

Frontispicio:

Portada del de la revista *Anthropos*  
(número correspondiente a los meses de abril a junio de 1947)  
publicada en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

© Derechos reservados por el autor

## *Presentación*



*Este breve fascículo contiene un texto leído durante un ciclo de conferencias, a propósito de la conmemoración del 75 aniversario de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, (México, 23 de noviembre de 2013), el cual fue dedicado a recordar que, durante más de la mitad de la vida de esta institución, la institución proporcionó a sus estudiantes una formación integral. Ésta consistía en capacitarlos para ser capaces de usar la producción científica de todas las disciplinas antropológicas. Como, a la postre, esta orientación educativa fue abandonada, el autor quiso mencionarla, ya que ésta sigue siendo una orientación alternativa.\**

*En los alrededores del pueblo de Tlalpan en la cuenca de México*

\* El autor agradece a su colega Catalina Rodríguez Lazcano, la revisión del contenido de éste escrito; y a Magdalena García Mora, su corrección de estilo.







**D**E ENTRE VARIAS maneras pertinentes de conmemorar un aniversario institucional, una merece considerarse: hacer la retrospectiva de sus orientaciones alternativas adoptadas y desarrolladas a lo largo del tiempo. Si bien ello implica una revisión de las mismas, estaría lejos de poner en la gloria alguna de ellas por encima de otras, acogidas en la misma institución o en otras afines, pues tiene interés por sí mismo el conocer características, cualidades y limitaciones de cada una. Algún provecho reporta siempre el conocimiento acerca de las experiencias institucionales y de sus resultados durante su vida útil.

En el caso de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de México, una de las orientaciones destacadas adoptadas en el pasado, fue el de la formación de sus estudiantes en lo que, coloquialmente, se llamó la antropología integral, la cual pretendía capacitarlos para abordar sus tareas profesionales con una visión holística, esto es, considerando el conjunto de los aspectos de un fenómeno estudiado y hacerlo tanto en cortes sincrónicos como diacrónicos. En la práctica, esto supuso formar a los estudiantes con conocimientos básicos de todas las disciplinas antropológicas, a saber, la antropología física, la lingüística, la arqueología, la etnología y la antropología social —tanto contemporáneas como históricas—. Por supuesto, dada la complejidad de cada disciplina y la incapacidad de adquirir la maestría en el uso de todas sus técnicas de investigación, esta preparación en vez de producir antropólogos capaces de hacer por sí mismos todo, promovía profesionales preparados para considerar —en sus investigaciones— los resultados del

conjunto de las ciencias antropológicas estudiando el fenómeno humano como una totalidad.

De más estaría aquí emprender una defensa a ultranza de ese proyecto, hoy abandonado en México para sustituirlo por el desarrollo independiente tanto de cada una de las disciplinas, como por la creación de escuelas de antropología dedicadas sólo a preparar profesionistas en una de éstas. Con todo, cabe rememorarle porque sigue siendo un potencial proyecto alternativo, si se lo pone al día.

En la actualidad, prosperan la antropología física más afín a la medicina, la lingüística sin enfoque antropológico, la arqueología descriptiva, la etnohistoria más cerca del archivo y más lejos del campo y la antropología social más próxima a la sociología, dejando casi a la etnología con la responsabilidad de investigar temas como el parentesco, los complejos religiosos, la cultura, la cosmovisión, la música, la danza, los ciclos agrícolas y religiosos, etc. Con todo, éstas reconformadas disciplinas aún conviven con la perspectiva integral, pues superviven quienes fueron formados con esta aptitud. ¿Es mejor el trabajo de unos o de otros? De ningún modo puede hacerse esta afirmación, ya que, si acaso, sólo hacen antropologías con enfoques diferentes y ambos produciendo excelentes resultados manifiestos en sus respectivos libros paradigmáticos.

Cuando uno revisa los catálogos de las publicaciones de cada una de esas orientaciones, la monodisciplinaria o la integral, es patente la excelencia de ambas en buena parte de sus respectivas producciones. Como es obvio, la alta calidad en sí misma de la investigación es posible con una u otra. Lo interesante sería compararlas para ver en qué consisten sus diferencias, si las hay, en sus contenidos, sus análisis, sus formas de investigar y sus logros, lo cual permitiría saber lo que es posible lograr con una y con otra. Con seguridad, ninguna resultaría desechable, anacrónica o inútil, vistos los resultados continuamente producidos por ambas.



Aclararemos algo: al mencionar el carácter integral de la formación de los antropólogos en el pasado de la ENAH, se da lugar a la impresión equivocada de que, los subsecuentes, dejaron de considerar el conjunto de las partes de un todo bajo estudio produciendo estudios fragmentarios, por ejemplo, de la migración laboral a los Estados Unidos. Aquí sólo se hace mención, en realidad, de la experiencia práctica de la antropología haciendo uso del conjunto de los recursos de todas sus disciplinas.

Encaminarse por la polidisciplina o la monodisciplina ofrece sus respectivas virtudes y limitaciones. Más aún, es insegura la existencia de una división tajante entre las antropologías global y especializadas. En efecto, aunque cada una cuenta con sus propias instituciones científicas, escuelas, revistas, editoriales, sociedades profesionales, congresos, portales en la Internet y demás, suelen darse intercambios en coloquios, conferencias, cursos, compendios editoriales, etc., pese a que sus asociados grupos de trabajo crecen con independencia llevando a cabo sus respectivas opciones autosuficientes.



Aun cuando en la ENAH siguieron conviviendo las diferentes disciplinas antropológicas, luego de su balcanización, lo hicieron cada una por su lado. Cuando en esta institución prosperó el holismo antropológico de modo alguno fue nocivo, antes bien, siguió siendo una posibilidad de hacer antropología, ni mejor, ni peor, sólo una más, la cual merecía la oportunidad de volver a mostrar lo que podría seguir haciendo. Ello, a la par de otras preferencias diferentes. Todas las que, en la actualidad, llevan a cabo las numerosas instituciones antropológicas contribuyen con enfoques complementarios o bien opuestos, para permitir confrontar resultados, como es obligado hacer en la actividad científica, pues en ésta el monopolio de las ideas es inadmisibles, pues el rigor científico exige la crítica y la verificación.

A veces, en sus artículos y libros, los miembros de cada comunidad académica sólo se citan entre ellos. De igual

modo sucede entre los grupos de trabajo de los diferentes estados del país, sea cual sea su formación, aun dentro de cada estado como es el caso de los grupos de la capital del país; entre otras razones, porque sólo en parte cada uno de ellos tiene noticias sueltas de los demás, porque conforman alianzas empeñadas en sacar adelante su respectivo desarrollo con sus propias fuerzas y porque la búsqueda de prevalencia política suele negar la importancia del trabajo ajeno y el menosprecio de éste por carecer de los atributos considerados superiores o por llevarse a cabo con procedimientos diferentes a los que, consideran, son superiores científica o, incluso, moralmente.



En verdad, el plan de la antropología integral llegó a reducirse en la educación a simples introducciones muy generales a cada disciplina, sin ligar una con otra y sin experimentar con investigaciones escolares para poner a prueba estudios integrales, con lo cual el estudiante se percatara de lo que es posible obtener con éstos. Algo semejante sucedió en la ENAH, cuando por razones políticas se luchó por desaparecer los años introductorios al conocimiento de cada disciplina y las materias generales de metodología y técnicas de investigación, previas a las específicas de cada una.

Los argumentos para seguir enfocando la antropología articulada se vinieron abajo cuando el proyecto original se fue olvidando y el profesorado, de hecho, impartía las introducciones disciplinarias sin enlazarlas unas con otras. Ello fue abriendo el camino para independizar cada una de ellas, como ocurrió a la postre. También porque quienes diseñaron el proyecto original fueron desapareciendo y las materias del plan de estudios dejaron de darse cómo se había pensado en un principio. Un ejemplo fue la antropogeografía. Cuando el profesor a cargo de impartir la materia dejó de hacerlo, algunos de quienes los sustituyeron desconocían las razones por las cuales se ideó impartir una geografía antropológica. Terminó recurriéndose a un profesor de bajo nivel, quien impartió una simple geografía convencional, más propia para un

bachillerato. A la larga y al repetirse esto en otras materias, el alumnado, como era de esperarse, reaccionó oponiéndose a cursar materias sin al parecer ninguna relación con aquello que, se suponía, habían llegado a estudiar ni con la reconocida calidad de la otrora afamada ENAH. Hubiera sido factible exigir la restitución de los sentidos originales, pero de todos modos éstos ya debían ser actualizados.



Ahora bien, ¿es preciso tener nociones de antropología física para estudiar el jornalerismo agrícola?, ¿es necesario saber de lingüística para emprender una excavación arqueológica?, ¿es útil tener nociones de arqueología para estudiar las danzas de conquista contemporáneas? Preguntas como éstas hacen aparecer anacrónico el enfoque integral, en tanto redundante o parece redundar de nula utilidad en la práctica; si bien es cierto que, por ejemplo, la antropología física ha contribuido a estudiar el jornalerismo agrícola estudiando facetas para las cuales está mejor capacitada, como el gasto de energía corporal durante la jornada laboral y la nutrición del jornalero. En cambio, es más clara la pertinencia del estudio integral al abordar problemas como, por ejemplo, el de la génesis, el desarrollo y la desaparición de los pueblos, que requieren considerar aspectos fenotípicos, lingüísticos, arqueológicos, etnohistóricos y etnográficos, para unir las pistas que lleven, al menos, a hipótesis fundadas.

Incluso, al atender algunos temas que, en apariencia, sólo requieren de la intervención de dos disciplinas, como en los estudios etnomusicológicos, éstos suelen verse beneficiados por hallazgos arqueológicos insospechados, *v. gr.*, de antiguos instrumentos musicales o de otros medios de producir sonidos que, a todas luces, tuvieron de alguna forma continuidad desde la antigüedad hasta la actualidad en algunas regiones del país. O por dilucidaciones lingüísticas acerca de los vocablos asociados a géneros musicales. O por averiguaciones históricas de la antropología física para identificar flujos de población introductora de ciertos tipos de danzas,

instrumentos, músicas y conjuntos de ejecutantes, como fue el del arribo de pobladores negros africanos.

Un ejemplo, entre muchos otros, de problema científico cuyo estudio se ve favorecido con una visión holística es la llamada cuestión tarasca. La configuración de un conjunto confederado de dominios en el hoy estado de Michoacán, cuyo núcleo heredero es hoy en día el país purépecha o Purécherio, como se ha dado en llamarlo, ha sido uno de los problemas de la mesoamericanología.

Sin saberlo a ciencia cierta, en el pasado se dio por cierto que uno o varios pueblos, tal vez procedentes de Sudamérica, ingresaron o por las costas del Pacífico o por las del Golfo de México —o por ambas en distintas épocas— y se aventuró o aventuraron tierra adentro en una larga travesía durante un largo período de tiempo, quizá por el corredor del río Lerma, hasta que sus descendientes llegaron a la cuenca lacustre del ahora denominado Lago de Pátzcuaro. Dióse por cierto que hablaban una lengua, llamada purépecha, sin ninguna liga con las mesoamericanas, lo cual afianzó la idea de su aislamiento, en tanto fue la última ola migratoria que ingresó al maremágnum de la civilización antigua florecida en la geografía mesoamericana.

Estos cazadores guerreros nómadas —de dicho desplazamiento demográfico— llegaron a la región lacustre, donde se enlazaron con pueblos agrícolas y se irguieron de humildes bandas nómadas a señores de la tierra convirtiéndose en uno de los mayores poderes, a finales de la antigüedad, rival de la Triple Alianza en la Cuenca de México, sin que nunca lograran derrotarse entre ellos. Invadidos sus territorios con posterioridad, por hordas hispanas de ultramar, establecieron con la ocupación española una alianza político militar, abandonaron su vida remontada, se cristianizaron y se reorganizaron en repúblicas de naturales establecidas en asentamientos fundados ex profeso, dando lugar a una nueva historia: la del pueblo purépecha, que persiste hoy en día hablando en parte aquella antigua lengua.

Pese a estas tesis, algunas repetidas por años, la verdad es que el enigma tarasco persiste aún como uno de los

retos científicos de la mesoamericanología. Sólo la ausencia de un proyecto interdisciplinario a largo plazo ha retrasado su resolución. Sin embargo, en algo los antropólogos abocados al estudio holístico de la cuestión, han asociado las capacidades de cada una de las disciplinas antropológicas.

Así, algunas de las viejas conjeturas heredadas desde el siglo XIX, han resultado ser simplificaciones o equivocaciones. Por lo pronto, está en entredicho la idea de un solo pueblo hablando una sola lengua, en tanto la antropología física y la arqueología pueden contraponerse o complementarse con la lingüística. Un pueblo saliendo de Sudamérica y migrando rumbo a Pátzcuaro es algo que algunos autores pusieron en entredicho. Tal migración es no sólo factible que ocurriera, sino cada vez más es un hecho confirmado; pero la antropología física y la genética muestran una diversidad más propia de mestizajes intermitentes, en vez de un conjunto humano de un solo origen emprendiendo una épica migratoria por sí solo y sin intercambio alguno cuando, por fuerza, en su extensísimo itinerario por la gran franja del Pacífico y en el transcurso de muchas generaciones, debió encontrarse con otros conjuntos humanos. En su largo caminar, a veces hubo tiempo de establecer alianzas, como es evidente en la migración conjunta de una parte de esos emigrantes con un linaje nahua, convirtiéndose en un pueblo combinado, como bien se ha percatado la etnología histórica.

La lingüística, considerando la tradición del éxodo, daba al origen sudamericano como algo, al menos, hipotético. Llegó a intentar dilucidar el aislamiento patente de la lengua purépecha hablada al menos por una parte de los emigrantes. Apenas logró confirmar su aislamiento lingüístico casi total, como no fuera una remotísima y mínima posible relación con alguna lengua maya, y con mayor probabilidad, aunque también con dudas, con el quechua hoy hablado en Sudamérica y el zuñi del hoy sur de los Estados Unidos. Esto último, por cierto, acaso confirmaría la sospecha del ascenso de colonizadores tarascos hacia aquellas tierras y la atrevida hipótesis de que el conjunto tarasco no llegó, sino que regresó a la cuenca de Pátzcuaro.

La arqueología, más activa en estos menesteres, ha logrado confirmar buena parte de los registros históricos acerca de ese conglomerado llamado “tarasco”, a falta de conocimiento cierto de qué constituyó tal traslado humano y si fue uno solo o varios y si era de una sola etnia o de otras en conjunto. Aún quedan muchas posibilidades de conocimiento arqueológico, si un estudio multinacional abarca el complejo americano del gran corredor del Pacífico, para luego concentrarse en la ruta del Lerma en tierra adentro del ámbito mesoamericano. Lo que no hará sino aumentar la heterogeneidad de componentes de “lo tarasco”. Por lo pronto, junto con la etnología histórica, ha empezado a erosionar la vieja idea de cazadores recolectores llegando a la cuenca lacustre, al percatarse que, tal vez, éstos más bien regresaban y, más aún, quizás esos cazadores eran, en realidad, exagricultores.

A más abundamiento, la arqueología ha tenido la oportunidad de confirmar la tradición oral, recogida por escrito en el siglo XVI, acerca de la separación de una parte de los emigrantes en algún punto aún desconocido, que se adelantó e incursionó en la región lacustre, la cual debió ser para ellos como la tierra prometida, tanto por la espectacularidad de ese escenario como por la variedad de recursos disponibles. Allí asentaron las casas sedes de sus linajes. Mientras, el resto quedó atrás varias generaciones conservando sólo una vieja tradición de aquellos lejanos parientes, que se les habían adelantado, hasta que ellos reemprendieron la marcha y llegaron a la región de la ciénaga de Tsakápu, desde donde se extendieron hacia las riberas del lago en las que se reencontraron con sus antecesores y asentaron la casa de su clan guerrero: la de los señores águila o *wakúsīcha*. Éstos, aliados con los otros clanes de la región, configuraron un poderosa confederación poliétnica.

Esto último ha puesto en duda la constitución de un “reino tarasco” ya que, aceptando la prevalencia del clan de los *wakúsīcha*, va quedando de todos modos en evidencia la existencia y la fortaleza de otros clanes con los que se alió pero no sometió. Ninguno llegó a levantarse como casa real con el



poder centralizado, capaz de imponer señores que gobernarán los clanes aliados, como sí lo hicieron en los territorios que iban conquistando. Esto también se conoce gracias a la mutua articulación de la etnología histórica y la arqueología.

En efecto, la etnología histórica ha sido una de las disciplinas activas en estos menesteres. La revisión de las fuentes con nuevos ojos, entre ellas ese monumento de la literatura universal que es la *Relación de Michoacán*, como la abundante documentación de los archivos, ha permitido ir conociendo la configuración tarasca, entendida ésta ya no como un bloque étnico y ni siquiera político, sino como un entrelazamiento poliétnico, polilingüístico y confederado.

Asimismo, ha permitido vislumbrar la subsecuente configuración de un nuevo pueblo: el purépecha, asentado como un conjunto de repúblicas cristianas con sus gobiernos autónomos, establecidas en nuevas fundaciones ordenadas conforme al régimen sociopolítico novohispano. El apurepechamiento y la asimilación de otras etnias dominadas en el enlazamiento purépecha, las desapareció de la memoria, incluso en la de sus miembros, por lo que la etnología histórica se encarga de volverlas visibles.

El conocimiento de esa historia purépecha iniciada en el siglo XVI, crece día con día gracias a las investigaciones antropológicas que se van emprendiendo. Los historiadores, por su parte, abriendo luces acerca de la evolución en los siglos XIX y XX, sobre todo en sus aspectos económicos, políticos y de lucha social, dejando a la etnología los religiosos, los culturales y los de la cosmovisión.

La etnología complementa el estudio del pasado, del cual extrae elementos de comprensión del presente, al constatar la pervivencia de los rasgos esenciales del pueblo purépecha. Adentrándose en la complejidad actual de su sociedad, logra hacer comprensible tanto sus rasgos presentes como los del pasado. Por su parte, la antropología social afronta la problemática socioeconómica de la actualidad estudiando la migración, los conflictos políticos, el jornalismo agrícola, el comercio popular, el reapurepechamiento, las enfermedades endémicas, etc.

Tardéeme en desbrozar este ejemplo, para exponer cómo siguiendo un rumbo integral encadenando los esfuerzos de las disciplinas antropológicas y otras afines, es viable emprender líneas de investigación prometedoras. Esto, repítase, sin dar por hecho que éste sea superior, mejor o más completo que el monodisciplinario, como lo demuestran los estudios de antropología social que han logrado, por sí mismos, dilucidar la problemática actual de la población del país purépecha.



El abandono de la opción integral tiene sus explicaciones históricas, en buena medida en el ámbito político y, en otra, en el debate teórico. Sería interesante hacer un análisis respecto a los pormenores del parteaguas que separó la enseñanza multidisciplinaria en la ENAH, al eliminarse los años de formación general polidisciplinaria y al independizar la organización escolar y gremial de los profesores y los estudiantes de cada una de las disciplinas enseñadas. Tendría su interés si se exhuman las razones, los argumentos, los propósitos ocultos, las conspiraciones y las artimañas, como las reivindicaciones justificadas, los legítimos intereses gremiales y las secuelas.

No obstante, la reconstrucción de la trifulca estudiantil que suprimió los cursos polidisciplinarios, que los estudiantes tomaban durante dos años antes de elegir una disciplina antropológica en la que se especializaban, sería una pequeña historia, casi aldeana, en el mar de la antropología mexicana hoy viviente en numerosas instituciones, escuelas, comunidades, grupos de trabajo, revistas, portales electrónicos y otros ámbitos. Una mera historia local, pero útil para discutir la gama de alternativas que hoy prosperan en el gran arco iris antropológico mexicano.

Incidentes aparte, lo que hoy vale la pena recordar es una de las alternativas formativas que, en el pasado y durante casi la mitad de su vida, desarrolló la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que en el año 2013 cumplió 75 años de haber sido fundada.



El fascículo

*La antropología integral  
en la Escuela Nacional de  
Antropología e Historia*

se terminó de editar y formar  
el sábado 14 de diciembre de  
2013 en el estudio del autor,  
sito en las inmediaciones del  
pueblo de Tlalpan en la cuen-  
ca de México.





